

## OJEADA HISTORICO-CRITICA DE LA LITERATURA COLOMBIANA

Escribe: ISIDORO LAVERDE AMAYA

— V —

Vergara concede lugar muy señalado en la historia de las letras a la monja Francisca Josefa Castillo, que él dice nació en Bogotá, y Marroquín en Tunja, en donde murió en 1742. Fue un tío de ella, D. Antonio María del Castillo, quien hizo publicar en 1817, en Filadelfia, el libro de esta escritora titulado *Vida de la Venerable Madre Francisca Josefa de la Concepción, escrita por ella* (1), y en 1843, en Bogotá, el que lleva por mote *Sentimientos espirituales*, de la misma autora.

Dicción clara, fácil y abundante caracteriza el trabajo mental de esta monja, quien con ingenua modestia nos refiere los puntos principales de su vida, haciéndonos saber que fue de constitución muy delicada y enfermiza, y que no solo sus parientes sino cuantos con ella tuvieron conocimiento o amistad, causáronla heridas de las que lastiman el amor propio y entorpecen la felicidad que otros alcanzan sin mayor esfuerzo, contándose entre éstos hasta entes rústicos y villanos que labran la tierra para ganar el sustento diario.

No fue *motu proprio* que trasladó al papel sus pensamientos, sino por mandato de sus confesores. Procuróle acaso algún pasajero deleite esta ocupación intelectual?, o sirvió para reagravarle la aflictiva situación de espíritu a que le condenaron la educación conventual de esos tiempos y el desamor de sus prójimos y parientes?

No hablamos de su fe, ni de su acendrada piedad, ambas muy por encima de las que ostentaban en sus sermones los predicadores de entonces; que si éstos ganaban para los demás y para sí propios el cielo, por medio de la oración y de la exhortación a los fieles, de seguro no se vieron, como la noble monja, excluidos del trato social ni de los goces que la pródiga naturaleza brinda a los mortales.

La nota predominante en el estilo de los libros de la Madre Castillo es el de una suprema melancolía, es la voz de un espíritu que busca refugio en Dios, porque todas las otras puertas le han sido cerradas. Hasta qué punto la llevó su imaginación de mujer cuando quería por lo humano

---

(1) T. H. Palmers Liv. 235 p. m.

ensalzar o explicar lo eterno, podrá juzgarse con estos versos entresacados de una composición al Santísimo Sacramento.

*Por sustentarme echaste  
El sello de tu amor en una oblea.*

Indudablemente la monja Castillo dejando oír desde el púlpito su palabra llena de unción y de enseñanza evangélica habría podido conducir mayor número de ovejas al redil de las que ganarían a la fe, con sus largos e inadecuados sermones el deán D. Nicolás Javier de Barzorda Larrazábal, o los doctores Antonio de León, Rafael Lasso de la Vega, José Antonio Torres y Peña y el mismo doctor Duquesne, quien predicó en la Catedral, el 19 de enero de 1809, una oración por la instalación de la Suprema Junta Central de la Regencia (1).

— VI —

El periodismo ha sido siempre la página más fiel de la existencia de una nación. El primer periódico bogotano de que se tiene noticia fue la *Gaceta de Santafé*, de muy pequeñas dimensiones, y que no alcanzó a contar sino tres números. Apareció el 31 de agosto de 1785.

Luégo tocó en suerte a D. Manuel del Socorro Rodríguez, un laborioso y distinguido hijo de la isla de Cuba, que vino a nuestro país en compañía y bajo la protección del Virrey D. José de Ezpeleta, dar decisivo y regular impulso a la fundación y redacción de un periódico semanal de cuatro hojas que bautizó con el atractivo e inolvidable título de *Papel Periódico de Santafé de Bogotá*. Publicáronse 270 números, desde el 9 de febrero de 1791 hasta el mismo mes del año de 1797.

Desde antes de acometer la publicación de ese periódico Rodríguez había sido designado por el Virrey para ocupar la plaza de Bibliotecario Nacional, con un sueldo de doscientos ochenta pesos anuales. Cumplió bien y fielmente los deberes de aquel encargo. Vivió siempre hasta su muerte, en un cuarto contiguo a la Biblioteca y se consagró con solícito interés a la difusión de las luces.

A la publicación del *Papel Periódico* de Rodríguez, sucedió la del *Correo curioso de Santafé de Bogotá*, que apareció el martes 24 de febrero de 1801, y, según entendemos, duró hasta el 17 de noviembre del mismo año, 40 números; redactado por el patriota D. Jorge Tadeo Lozano y D. Luis Azuola, y en el cual apareció un padrón de la ciudad que señala

---

(1) La imprenta de los Jesuitas, la primera que existió en el país, fue fundada en 1738, y se ocupó en la impresión de algunos libros de rezo, en la biografía de la monja autora Sor Francisca Castillo y en una providencia del Visitador Piñeres.

D. Antonio Espinosa de los Monteros introdujo la segunda imprenta en 1783, y en ella se publicó la *historia de Cristo paciente*, traducida del latín por el doctor Luis Azuola y Lozano, en dos volúmenes.

La publicación en libro más antigua de que se tiene noticia, y que se encuentra en la Biblioteca Nacional, es la que lleva por título *Compendium privilegiorum et gratiarum Sancta Fide Novi Regni Granatensis. Ex Typographia Societatis Jesu anni D. 1739*.

a ésta 21.464 habitantes, entre los que se contaban 480 religiosos y 719 monjas; con más, las divisiones parciales que entonces tenían los cuatro barrios de La Catedral, Santa Bárbara, Las Nieves y San Victorino, en el Príncipe, Palacio, San Jorge, Oriental, Occidental y una parroquia militar con su capilla castrense.

Los conventos que existían en aquel año en Bogotá eran los de Santo Domingo, San Francisco, Nuestra Señora de la Candelaria, San Agustín, San Juan de Dios, San Diego, Nuestra Señora de las Aguas y Capuchinos.

D. Manuel del Socorro Rodríguez, a quien cupo la honrosa misión de ser por varios años el único propulsor del periodismo bogotano, alimentaba los papeles de que era al propio tiempo redactor y editor con noticias de España y otros países de Europa, costumbre seguida por la Gaceta de Gobierno, y con tal cual eflorescencia, muy mediana o de circunstancias de los poetas bogotanos.

Después del *Papel Periódico*, dio a luz Rodríguez, siempre con anuencia y algún apoyo del gobierno, los siguientes:

*El Redactor Americano*. Periódico del Nuevo Reino de Granada. Apareció el 6 de diciembre de 1806 y duró hasta 1808. Se publicaban tres números por mes.

*El Alternativo del Redactor Americano*. (En que se publicaron varias noticias políticas y económicas). El número 1º vió la luz el 27 de enero de 1807 y duró hasta 1809.

*La Constitución Feliz*. Periódico político y económico de la capital del Nuevo Reino de Granada. (Número 1º, agosto 17 de 1810.

La primera *Guía* de Bogotá fue publicada por un español. D. Joaquín Durán y Díaz, en 1793, con el título de *Guía de forasteros del Nuevo Reino de Granada*; y el mismo entendido militar dio a luz la del año siguiente (1) en un abultado volumen con importantes noticias históricas. Sin nombre de autor apareció la del año de 1828. D. José María Vergara nos hace saber que esta clase de útiles publicaciones no volvió a efectuarse hasta 1837, en que D. Antonio de Plaza hizo e imprimió la del año de 1838; y a nosotros nos toca agregar que el mismo señor Vergara, en unión de D. José Benito Gaitán, publicó en 1867 un *Almanaque de Bogotá y Guía de forasteros* para ese año, lleno de muy curiosas y útiles indicaciones históricas, con la relación de los Gobernantes desde el tiempo de los Zipas, hasta el período de mando del doctor Manuel Murillo, que fue el Presidente de Colombia en 1864, y el que ordenó la publicación del *Diario Oficial*, órgano hasta hoy de los actos oficiales del Gobierno (2).

---

(1) *Estado general de todo el Virreynato de Santafé de Bogotá* en el presente año de 1794. Lo da a luz D. Joaquín Durán y Díaz. Por D. Antonio Espinosa de los Monteros. Vol. de 471 pp.

(2) El número 1º apareció el 30 de abril del año citado.

En la vasta sabana o altiplanicie de Bogotá, dividida en enormes sementeras y grandes dehesas, desprovistas de árboles que den descanso a la vista, cobijada por un horizonte brumoso en que de continuo soplan brisas heladas o se dejan sentir los rayos de un sol calcinador, uno se siente dispuesto a llevar vida medio indolente y de muelle laxitud.

La capital, recostada con negligencia en las faldas de Monserrate y Guadalupe, duró larguísimos años, viendo sus calles empedradas cubiertas de menuda yerba, ajena a todo ruido que no fuese el de los espantos nocturnos. Apenas circulaban por sus calles dos coches, el del Arzobispo y el del Virrey, que iban por la Alameda hasta poca distancia del convento de San Diego. No comenzó a generalizarse el uso de los coches y ómnibus sino hasta 1854 en el que el señor Guillermo París tomó por su cuenta esta industria. La población vivía dedicada al rezo; las fiestas y funciones de la iglesia se sucedían unas a otras con poco intervalo de tiempo, y los comerciantes dedicaban sus ocios, que eran la mayor parte del día, a recoger noticias callejeras y a imponerse en los vaivenes del Gobierno. De otro lado es preciso reconocer que la vida era sencilla, con fácil y franca comunicación social entre todos, pues la única división que se hacía sentir era la que es cristianamente tolerable; la de pobres y ricos, pero aquellos no vivían divorciados de los segundos, que antes solían tomar parte en sus diversiones y no era infrecuente el caso de que jóvenes acaudalados llevasen al altar muchachas muy pobres y de humilde origen.

Las agitaciones políticas fueron ya desde entonces el vehículo obligado que los pensadores y humanistas buscaron para transformar a su antojo la sociedad. Desvirtuando poco a poco el influjo que España procuró ejercer y ejerció desde la conquista con su comercio, mando e ideas, los colonos se dieron a leer libros franceses, y surgió de pronto el ansia de ilustrar la mente y de adquirir nuevas ideas y conocimientos sobre todos los ramos del saber humano; relevante y singular manifestación del espíritu colombiano, que no ha amenguado en casi un siglo que llevamos de gobierno propio.

“La forma principal de trabajos con que comenzó a desarrollarse y comunicarse el espíritu en Nueva Granada, fue la de círculos literarios” (1).

En el espacio de veinte años (1790 a 1810), se contaron como centros principales de esta clase de reuniones, la que fomentó en su casa el célebre patriota y hombre público D. Antonio Nariño, traductor de *Los derechos del hombre* y el más entendido divulgador de las obras y teorías filosóficas de Europa; la tertulia llamada eutropélica, debida a la iniciativa del Bibliotecario D. Manuel del Socorro Rodríguez, quien daba acogida en sus periódicos a todos los escritos que se le enviaban, e impulsado por su amor al arte llevaba su prolijidad e interés hasta el punto de coleccionar aquellos que por su extensión no podía publicar, y los colo-

---

(1) Vergara y V. *Historia de Literatura*.

caba, empastados, en seguro y cómodo lugar de la Biblioteca; la tertulia del *Buen Gusto*, encabezada por una señora de campanillas, D<sup>a</sup> Manuela Santamaría de Manrique, madre del ilustrado D. José Angel Manrique, autor del poema festivo *La Tocaimada*, pero el centro de mayor importancia era el de los naturalistas y hombres de ciencia, en el que figuraban D. Francisco José de Caldas, D. Jorge Tadeo Lozano, D. Eloy Valenzuela, D. Francisco Antonio Zea, D. José Manuel Restrepo, D. Joaquín Camacho y algunos otros varones de connotada ilustración e inteligencia, como el discreto poeta José María Salazar, que, de estudiante de San Bartolomé, compuso el *soliloquio de Eneas* y el *Sacrificio de Idomeneo*, piezas que fueron representadas en el teatro de Bogotá.

Caldas llevó a cabo la publicación de *El Semanario* de la Nueva Granada, fundado el día 3 de enero de 1808, revista científica que fijó nuevos rumbos al periodismo, penetrado en el estudio de la geografía del país y ocupándose en otros ramos del saber humano y que duró hasta 1809. Tanta fue la notoriedad de este periódico publicado en los malos tipos de imprenta que entonces se empleaban, que el historiador D. Joaquín Acosta hizo de él una segunda edición en París, en 1849, ilustrada con el retrato de Caldas, y suprimiendo algunos trabajos ya de escaso interés.

En 1810 se publicaron, también bajo la dirección de Caldas y de Jorge Tadeo Lozano, once memorias o cuadernos, más como apéndice del *Semanario*, que contienen útiles e instructivos escritos, en gran parte de los autores nombrados y otros traducidos por ellos. La impresión de estos folletos está hecha en malos tipos y es descuidada. Debe saberse que hasta ese año no existían en la capital sino dos imprentas.

Caldas, entendido naturalista, con entrañable amor a los estudios de matemáticas, a quien cupo la buena suerte de dirigir los primeros trabajos llevados a cabo en el Observatorio de Bogotá, es una figura inolvidable que ocupa especial lugar en los anales científicos y literarios de Colombia. En 1801 hizo un viaje de exploración a Quito, que prolongó hasta la provincia del Azuay en los confines con el Perú. Recogió interesantes muestras de los productos naturales de aquellas vastas regiones, estudió geográficamente casi todo lo más importante del Ecuador y admiró los caracteres indelebles de la raza quichua, fuerte en su misma debilidad, profundamente melancólica y apegada a sus tradiciones, como hija de esa naturaleza que parece confundir las altas cumbres de sus montañas con las pálidas nubes que se ocultan desdeñosas a los rayos del sol.

Los naturalistas físicos y matemáticos de entonces, si exceptuamos a Caldas, cuyo privilegiado talento todo lo avasallaba, no podían encontrarse a grande altura; así es que la importancia del *Semanario* como repertorio científico y de conocimientos útiles, ha disminuído mucho por el ensanche considerable que en estos tiempos han recibido las ciencias y por la divulgación que de ellas se ha hecho. Caldas, como geólogo, dio importancia a los estudios que de algún modo daban a conocer el suelo de la Nueva Granada, sus divisiones físicas y políticas, las condiciones del clima y sus productos, y estos son los escritos que en su mayor parte componen el periódico con que aquel distinguido hijo de la altiva Popayán quiso ayudar al progreso intelectual y moral de su patria.

En *El Semanario* hizo su estreno como poeta el célebre D. José Fernández Madrid, acusado de traidor a la República por haber intentado y logrado salvar su vida en momentos en que creyó todo perdido para la causa de los patriotas.

Cantor sencillo, pero de nobles y elevados sentimientos, perfectamente humano y sin incurrir en las extravagancias que son de moda en la época presente, Fernández Madrid fue en su tiempo popular: alcanzó, merecidamente, los laureles de poeta que le llevaron hasta componer dos obras dramáticas: *Atala*, sobre el conocido episodio de Chateaubriand, y *Guatimoe* o *Guatimozin*, ambas representadas en el teatro de Bogotá.

#### — VIII —

*El Diario Político de Santafé de Bogotá* apareció el 27 de agosto de 1810. Estaba consagrado a narrar los sucesos ocurridos en la capital con motivo del 20 de julio, y el artículo prospecto del primer número llevaba al pie de las firmas de los patricios José Joaquín Camacho y Francisco José de Caldas. En dicho artículo decían los redactores:

“Los editores ofrecen tres números por semana. El lunes, miércoles y viernes se presentará medio pliego de la letra de este prospecto: se dará en la capital a medio real y en las Provincias a real. No es posible precio más moderado, atendiendo a lo caro del papel y mano de obra. Esperamos sea bien recibido del público un *Diario* que les es necesario, y que tienen interés en verlo desde el Presidente de la Junta Suprema hasta el último de la sociedad”.

Oportuna fue la previsión de querer dejar constancia, apenas cumplidos los acontecimientos, de la magnitud y motivos de la revolución del 20 de julio. Fuentes de incontestable autoridad histórica son éstas, que las generaciones irán consultando cada vez con mayor celo y diligencia, y en las que encontrarán sobrados motivos de orgullo nacional.

Desde 1810 a 1830 la prensa fue despertándose como de perezoso letargo; pero vacilante aún temerosa del que dirán, muy apegada a las tradiciones, ni es variada, ni exhibe vistosas líneas de defensa por la causa republicana. Transmite a sus lectores, en artículos cortos, lo que puede llamarse hoy informaciones sobre el estado de la política europea, educa al pueblo en el sentimiento religioso y aventura algunos correctivos sociales. Nariño fue el más audaz de aquellos divulgadores de ideas y propagandistas políticos: sus miras eran absorbentes y logró dominar y hacerse árbitro de los destinos públicos. El redactó *La Bagatela* en 1811, periódico que era leído con ávida curiosidad, y al cual se le concede influencia determinante en los acontecimientos de ese año.

No llevará a mal el lector que anotemos algunas pocas sucintas noticias sobre los órganos de publicidad de entonces. Ante todo debe saberse que estuvo muy en boga por aquel tiempo hacer uso de la imprenta. Todo el mundo se creía como obligado a emitir sus opiniones aun cuando generalmente, o no se deba importancia a la firma, o no era costumbre firmarlas. Los más aparecían anónimos, en una o dos hojas, impresas y con títulos llamativos. El doctor Francisco Margallo y Duquesne, quien

predicó en la iglesia catedral, en 1819, la oración de gracias que se acostumbraba por el triunfo de las armas en Boyacá, sermón que fue elogiado en la Gaceta del Gobierno, pagó tributo a la moda y a sus propias inclinaciones dando los papeles de controversia religiosa titulados *La Ballena*, *El Gallo de San Pedro*, *La Espada de Holofernes*, *El Perro de Santo Domingo*, *El Arca Salutífera*.

Anónimas aparecieron, y en diversas hojas, a modo de periódico, *Las cartas críticas de un patriota*, viva censura contra las enseñanzas por Bentham. Júzguese de la tendencia semipersonal de otras y de la falta quizás de serenidad con que los mismos autores se proponían tratar las cuestiones que preocupaban a la sociedad, por los títulos de algunas de aquellas publicaciones: *Cartas de Julio a Teodoro*. *Las conversaciones de Torquita*. *Conversaciones entre un cura y barbero*. *Guerras Fanáticas contra masones*. *Los sueños de un patriota*. *Un ruaneta al paisano observador*, etc.

D. José Manuel Groot, ocupándose en los ataques que en Bogotá se hicieron a la sociedad bíblica protestante y a las logias masónicas, dice: en su Historia (Vol. 3º, pág. 293 de la 1ª edición):

Muchos fueron los papeles que en Bogotá se publicaron en 1824 en contra de todas estas cosas e ideas, de los cuales hubo algunos de mucha extensión. *Las noches masónicas*, *El Traductor*, *El Despertador*, *Las Damas de Bogotá*, *El Pésame*, *Las Albricias*, *El Noticiosote*, etc. Este último se atribuía al doctor José F. Merizalde.

Hubo tres escritores a quienes no debemos dejar olvidados: El presbítero doctor Luis Azuola, capellán de la tropa, del tiempo de los virreyes, no de la tropa que tiraba con bala ; el canónigo doctor Francisco Cabrera y el reverendo Padre Ruiz, dominicano.

El primero escribió en prosa y en verso las *Guerras fanáticas contra masones*, *El verdadero censor de Colombia*, y otros, de que hacía tirar miles de ejemplares. El doctor Azuola picaba de satírico y erudito; el doctor Cabrera todo lo hacía en versos macarrónicos y endiablados, el padre Ruiz escribió en prosa y en verso: su escrito más notable fue *La tapa del cóngolo*, pieza que ha logrado inmortalizarse, pasando a la posteridad como adagio para ponderar un escrito chabacano.

El estilo epistolar era el generalmente empleado por los que querían transmitir al público sus pensamientos, seguramente le concedan, como tiene, mayor fuerza persuasiva; así es que *La Bagatela*, de 1811, y *El Patriota*, de 1823, lo emplearon.

La crónica local era muy exigua, casi nula, y acontecía que dada una noticia, en seguida el interesado o nombrado en ella se creía en el caso de salir a la palestra para contar las cosas a su manera o darle más nueva y más discreta interpretación de la que le achacaba el periodista. Citaremos a este propósito una publicación de esa naturaleza que hemos consultado, *El Carmelita*, Bogotá, imprenta de Espinosa, por Valentín Molano, año de 1825. En ella se defiende a las monjas del Carmen por haber arrojado violentamente a la calle a una señora Vargas que se hallaba en el convento de novicia.

Otras publicaciones había de verdadera importancia y de miras trascendentales.

En la imprenta *Patriótica* de D. Nicolás Calvo hizo imprimir D. Tomás de Montalván y Fonseca, en 1812, un folleto de 14 páginas, tocante a las necesidades políticas de la época, llamando la atención de las Provincias hacia el deber de unirse para buscar en un cuerpo representativo las bases de la federación, extendiéndose a demostrar los peligros que corría el pueblo ignorante y confiado, si no acudía con energía y resolución a defender sus derechos. Comenzaba así: "La América en su revolución no ha tenido otro objeto que independizarse de España, de esa España que tantos siglos la ha tiranizado con *la crueldad más inhumana*".

En algunos periódicos encontraremos indicaciones y rasgos que ayudarán a fijar las ideas y nos darán a conocer los rumbos que seguía el periodismo.

*La Bagatela*, que, como ya dijimos, era órgano del General Nariño, comenzó a publicarse en Bogotá el 14 de julio de 1811, y terminó el 8 de marzo de 1812. El tamaño y forma son como de libro en folio, recortado cuatro o cinco dedos en la extremidad inferior.

En 1814 se publicó en la ciudad de Tunja *El Argos de la Nueva Granada*; en Bogotá *El anteojo de larga vista*, en la imprenta del Estado, por el ciudadano Felipe Hernández y en Popayán *La Aurora*. Popayán se hizo notar desde entonces como ciudad pensadora, que seguía con interés el desarrollo progresivo de las ideas.

*El Patriota* se publicó en Bogotá desde principios de 1823, imprenta del Estado, por Nicomedes Lora, y terminó con el número 41, publicado el 24 de agosto del mismo año. Atribuíase al General Santander. En el último número encontramos un artículo sobre teatros, en donde se lee lo siguiente:

"Entre muchas cosas que tienen que criticar nuestros teatros, nos ha hecho más impresión la poca delicadeza con que el patio suele palmotear cuando algún actor pronuncia alguna sátira o pensamiento duro contra las damas. Si el poeta ha querido combatir algún vicio en el bello sexo, o alguna acción irregular en una mujer, no es justo ni decente que las damas que asisten al teatro sean insultadas con el palmoteo del patio, pues ni se las convida para que sufran tal pena, ni acaso habrá quién entre ellas pueda ser tachada de la falta que se reprende. Que se palmotee cuando se oyen pensamientos de virtud, de amor a la patria, de obediencia a los padres, de respeto a las leyes, de fidelidad en los matrimonios... muy santo y muy bueno; pero hacerlo cuando se dice algo por vía de reprensión a las debilidades inherentes a nuestra frágil naturaleza, no nos parece nada propio de la buena educación ni del respeto que se merecen las damas..."

*El Atalaya* de Bogotá, era, como *El Patriota*, de muy pequeñas dimensiones: publicación en 8º El primero apareció en buen papel y buenos tipos, en la imprenta de Espinosa; estaba destinado exclusivamente a la divulgación de las doctrinas católicas. Tomamos lo siguiente del número 1º:



“Este periódico deberá salir todos los sábados, dando principio desde este día, que contamos 10 de enero de 1824. Constará cada número de un pliego en el que, sucesivamente y por su orden, se irán tratando los puntos que nos hemos propuesto. Se imprimirá en octavo y de tal modo, que pueda proporcionarles a los suscriptores el que de toda la colección les sea fácil al fin formar uno o dos libritos manuales; y el precio de cada pliego para los que se suscriban será un real, y para los que no lo hacen, de real y medio. La suscripción será por trimestre, y su importe, el de doce reales, pagados con anticipación”.

*La Miscelánea* correspondía en dimensiones a *La Bagatela*. Comenzó a publicarse en Bogotá el 18 de septiembre de 1825, y terminó el 11 de junio de 1826, alcanzando a contar una serie de 39 números. Fueron sus redactores Alejandro Vélez, José Angel Lastra, Juan de Dios Aranzazu, Pedro Acevedo y Rufino Cuervo.

En el número 7, ocupándose uno de los redactores en dar la noticia de que D. José Manuel Restrepo tenía a su cargo el escribir la historia de Colombia, se expresaba así:

“La historia de este pueblo, que triunfante y glorioso luchó con sus tiranos por restituir al hombre la dignidad que le dieron Dios y la naturaleza, ofrece una época, unos sucesos dignos de fijar las miradas del filósofo y del hombre social, y son bien raros estos ejemplos en los anales del mundo. Un espectáculo verdaderamente consolador para la mísera humanidad tan hollada y deprimida, es el de la fuerza vencida por la justicia, las preocupaciones por la razón y el grito de la arbitrariedad ahogado por la voz de la naturaleza, y los sublimes transportes de la libertad al lado de los atentados del despotismo que se destruye por sus propios crímenes”.

El periódico político y noticioso llamado *El Conductor* apareció en la capital el viernes 2 de febrero de 1827, y terminó con el número 79 (de 7 de noviembre del mismo año). Salía de la imprenta *Bogotana*, impreso por D. Lázaro Lévy, y en el prospecto, que circuló en dos hojas aparte, se insinuaba que hacía cinco años disfrutaba Colombia de la inapreciable libertad de imprenta, y que si aún no se habían hecho sentir en escala mayor todos los beneficios que ella producía, era porque no se habían extendido y divulgado, como era de necesidad, las publicaciones por la imprenta.

El redactor de *El Conductor* fue D. Florentino González, y en el número de los colaboradores de aquel periódico figuraron D. José María Salazar y D. Luis Vargas Tejada.

D. Rufino Cuervo, que en Popayán publicó en 1828 *El Constitucional*, defendiendo las ideas de centralismo, y que había sido colaborador de *La Bandera Tricolor*, de Bogotá, periódico opuesto al Libertador, y tan serio y bien dirigido como *La Miscelánea*, fundó en la capital *El Eco del Tequendama*, en octubre de 1829, en el que analizaba algunos actos del gobierno, y emitía acertados conceptos que la experiencia y la observación le sugerían.

Como deseamos que el lector aprecie con su propio personal criterio las líneas del cuadro que le presentamos, se nos excusará la abundancia de transcripciones y de citas. Copiamos un pasaje de *El Eco del Tequendama*:

“El colombiano es hoy valiente, generoso y social. Tan intrépido en los combates y tan duro en las fatigas, como los antiguos espartanos, ha llevado siempre la vanguardia cuando levantó el grito la América para debelar a sus antiguos amos. En medio de sus virtudes marciales es dócil y jovial, y se le puede conducir fácilmente por cualquier camino que no sea el del deshonor. Su amor a la ilustración es asombroso, aunque se nota en él cierta falta de reflexión, muy necesaria, sin duda, para digerir y sacar fruto de lo que se aprende. Por esto nos motejan algunos censores extranjeros, que leemos mucho y pensamos poco”.

A los periódicos nombrados debe añadirse, como importante por su contenido y grandes dimensiones, *El Constitucional*, que vio la luz el jueves 27 de mayo de 1824 y terminó con el número 167 del jueves 8 de noviembre de 1827. Era impreso por Arturo Carlos Luthman (Plazuela de San Francisco), y el editor publicaba a menudo páginas enteras del periódico en inglés.

*El Preguntón*, de 1823, editado por la imprenta de Espinosa, no era jocoso, como pudiera sospecharse por el título, sino propagador de la doctrina del Evangelio, y por la forma, tipos y tamaño, idéntico a *El Atalaya*.

De *El Huerfanito Bogotano* se publicaron 11 números en 1826.

En el número 1º de *El Censor* (19 de noviembre de 1826) se publicó la relación de la solemne entrada del Libertador a la capital el día 14 del mismo mes. Otros periódicos, publicados en la capital de 1820 a 1830, fueron: *Correo de la Ciudad de Bogotá*, *El Insurgente*, *El Preguntón*, *El Fiscalito Lego*, *El Fuete*, *El Charivari Bogotano*, *El Campesino*, *El Caduceo*, *El Gavilán*, *El Posta de a Caballo*, *La Tertulia*, *El Recopilador*, *El Zurriago* y *Los Toros de Fucha*.

*El Granadino*, cuyo número 1º apareció en Bogotá el 19 de mayo de 1827, en la imprenta de D. Bruno Espinosa, fue fundado con el especial objeto de contribuir a la separación de Nueva Granada de Venezuela y el Ecuador. En él se combatía también la personalidad del Libertador, y se decía que se pretendía mantener el predominio y mando de éste a la fuerza y contra la voluntad de los granadinos. Se abogaba, con mucha insistencia, porque todos los empleados públicos fuesen hijos del país.

En su primer artículo decía:

“Ni es de esperar que el General Bolívar sea de opinión que sigan íntimamente unidas Venezuela y Nueva Granada. Los habitantes del Sur también desean la separación absoluta, y aun se trasluce que se inclinan a su agregación al Perú. En cuanto a los granadinos qué diremos? Que si por un milagro de Dios se les apareciese y les dijera... ¡Granadinos! estoy dispuesto a otorgar el objeto más ardiente de vuestros anhelos y esperanzas; explicaos?, qué queréis? Señor, responderían, el supremo de

los bienes que puede dispensarnos vuestra infinita bondad, es una separación pacífica, tranquila y amigable de nuestros muy buenos hermanos los del norte y los del sur. Nosotros nos organizaremos a nuestra manera; les juraríamos no golpear nunca a sus puertas para nada; y, además, una amistad eterna. Tal es lo que creemos se piensa allá en lo más íntimo de los corazones de todos los buenos granadinos”.

Figuraron por ese tiempo, como periodistas políticos de nombradía, el General Santander y los doctores Vicente Azuero, Estanislao Vergara y Eladio Urisarri.

Pedro Acevedo, que fue de los que más activa parte tomaron en la redacción de *La Miscelánea*, comenzó sus estudios en el Colegio del Rosario, los que tuvo que interrumpir porque su padre, obligado a marchar a Tunja con motivo de los sucesos de 1812, lo llevó consigo. Abrazó después la profesión militar, y de edad de 15 años combatió denodadamente en la batalla del Palo, a las inmediaciones del Cauca, en que fue despedazada la división española al mando de Vidaurrezaga. Estuvo de Intendente político de Antioquia y alcanzó, en la milicia, el grado de Coronel. Tenía 28 años cuando murió. Hizo algunas composiciones en verso. Escribía sin afectación, con discernimiento y buen gusto. El primer compendio de Geografía de Colombia se debe a su pluma.

El doctor Vicente Azuero, abogado notable, hizo imprimir varios cuadernos sobre asuntos jurídicos, y en polémica con el doctor Manuel Baños, también escritor de mediano aprecio, decía el doctor Azuero en una publicación que hizo en 1824: “Entre nosotros se llaman santos los que se golpean el pecho en las iglesias; oyen algunas misas y sermones y se entregan a otras prácticas puramente exteriores, aunque al propio tiempo tengan las costumbres más corrompidas”.

“En todos tiempos la religión, este don divino, enviado del cielo para alivio del hombre desgraciado, ha sido en manos del impostor y del fanático el instrumento o pretexto de las más feroces iniquidades. A pretexto de religión fue asesinado Enrique IV, el más grande de los monarcas franceses; por pretexto de extirpar la impiedad y las herejías, fueron exterminados los albigenses, los templarios y tántos otros, y sus bienes usurpados y distribuidos entre sus propio asesinos; doce millone de indígenas fueron entregados en la América al cuchillo, a las llamas, a los suplicios, a ser pasto de los perros, a pretexto de que eran impíos y gentiles”.

Un folleto de 52 páginas, y suscrito por el doctor Juan Nepomuceno Azuero, impreso en Bogotá por F. M. Stokes, Plazuela de San Francisco, en 1825, con el título de *El Doctor Merizalde y El Noticiosote*, nos da la clave de que realmente el doctor Merizalde era el redactor del aludido periódico.

A vuelta de varios cargos que en aquella publicación hace el autor al señor Merizalde, le increpa sobre todo su tendencia a vivir en polémica con todo el mundo, hasta con sus compañeros de estudio y de profesión, y agrega:

“Basta examinar quienes son los amigos y quienes los enemigos del doctor Merizalde para formarse una idea exacta de sus opiniones, de sus principios y de todo lo que es o puede ser. Tiene íntima amistad con ciertos hombres que han sido exaltadamente enemigos de la causa de la libertad, que constantemente han manifestado el más estúpido apego a las doctrinas rígidamente ultramontanas y más contrarias a la libertad de la Iglesia; con estos hombres, que todavía viven aislados sin haber dado la más ligera prueba de que hayan depuesto su criminal aversión a la Independencia... Estos, algunos de los cuales son seculares, y otros eclesiásticos y aun regulares, son los amigos del doctor Merizalde... Puede decirse que no hay un hombre verdaderamente liberal y ajeno de partidos perniciosos que no desconfíe de él y que no impruebe sus malas cualidades. La persecución que suscitó al Padre Gutiérrez y al Convento de Santo Domingo, no tiene otro origen que la liberalidad de principios que estos apreciables religiosos han comenzado a desenvolver de algunos años a esta parte, y unas conclusiones públicas en que, sobre la materia de excomunión, defendían proposiciones que no estaban conformes con el despotismo de Roma, pero sí con la pura y sana doctrina de los más acreditados canonistas”.

Veamos como explicaba el conocido orador sagrado doctor Margallo, la tendencia y título de su publicación *La Ballena*:

“En *La Ballena* se simboliza aquí la Santa Iglesia Romana, que sola puede entrar en las profundidades de la Escritura Divina como en un misterioso mar, a la manera que aquel gran pez en las profundidades del mar.

“También, al contrario, puede representarse la misma Escritura Santa, que sólo tiene el espíritu de vida en la Iglesia, y queda muerta fuera de ella, como sucede a los peces fuera del mar.

“Item, así como a los peces por grandes que sean no los sufren los golfos como a la ballena, porque los rebalza y arroja de sí, así el profundismo golfo de la Sagrada Biblia no sufre a los que, presumiendo de grandes ingenios, intentan, contra las disposiciones de la Iglesia, sondear las profundidades de este misterioso océano, porque al punto los arroja en la playa, como peces muertos y sin vida.

#### “OCTAVA

*La nave que sin brújula navega  
De la Biblia en las ondas misteriosas,  
Pierde el rumbo, se encalla, al fin no llega  
Al puerto de las almas venturosas,  
Y en la bascosa espuma ella se anega,  
Mordida de las sierpes venenosas:  
No así la que, mirando bien la carta,  
Los escollos prevee, de ellos se aparta”.*

Esta publicación fue reimpressa en la imprenta de Cualla en 1837.